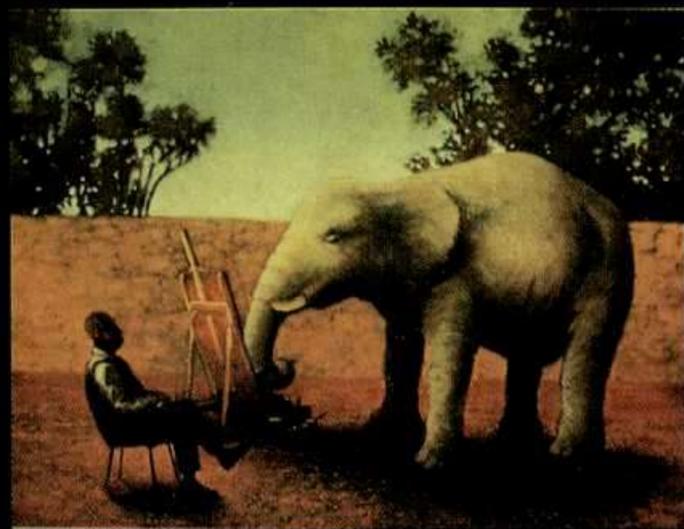


elefante
escarabajo
estornino



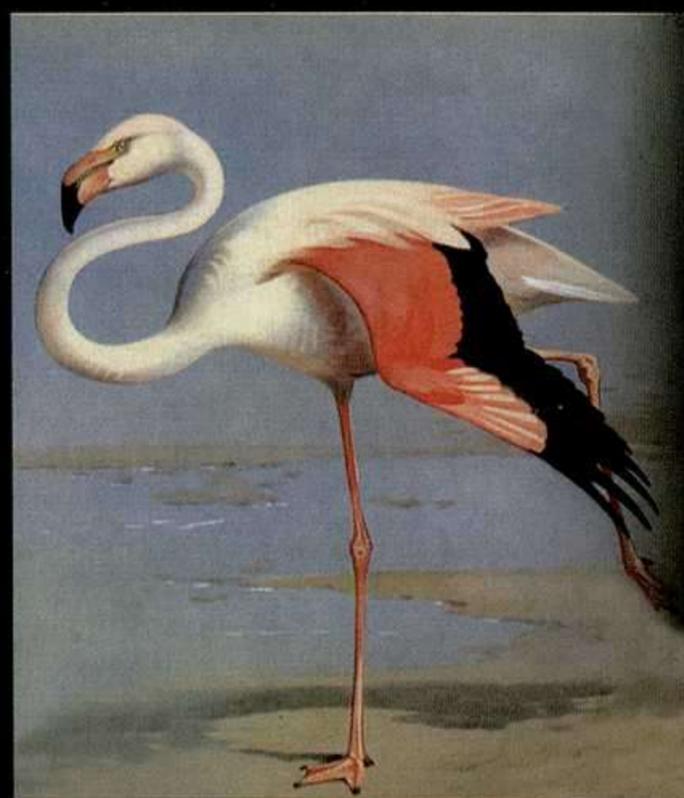
Peter Zokosky B. J. trabajando 1991



Oscar Dominguez Cementerio de elefantes 1938

F

faisán
flamenco
foca



Archibald Thonburn Flamenco 1913

José Moreno Villa

EL ELEFANTE

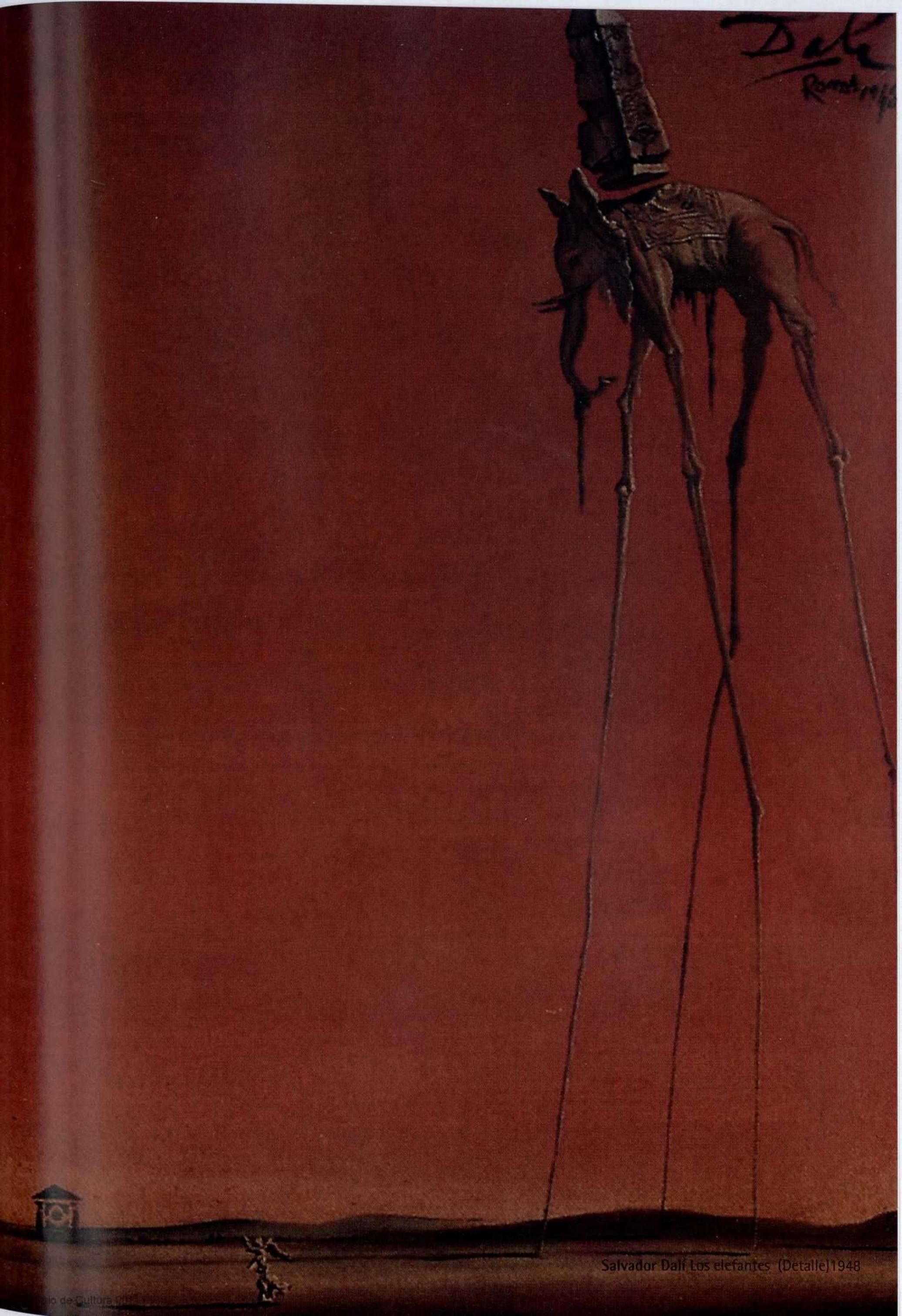
Monumento rotundo, con fachada prediluviana, que soporta y trasporta castilletes en los países lentos y que con una suave caricia de su nariz derriba a un hombre.

A pesar de su lentitud conservadora, sospecho que sea un redomado anticlerical. ¿Cómo es posible que a estas alturas, en el siglo XX, no sepa el desventurado que si le hacen la dolorosa extracción de los colmillos es para tallar Cristos o Santas-Marías?

También sospecho que se trata de un ser pudoroso. Obediente al sentimiento del pudor encoge las indecorosas nalgas con que sus progenitores le agraciaron. Por ellas se le puede catalogar entre el cochino y el hombre fondillón.



Michael Madzo Weighty Measures 1993



Dalí
Rambouillet

Salvador Dalí Los elefantes (Detalle) 1948



Vicente Aleixandre
EL ESCARABAJO

He aquí que por fin llega al verbo también el pequeño
escarabajo,
tristísimo minuto,
lento rodar del día miserable,
diminuto captor de lo que nunca puede aspirar al vuelo.

1505

Alberto Durero Escarabajo 1505



Un día como alguno
se detiene la vida al borde de la arena,
como las hierbecillas sueltas que flotan en un agua no limpia,
donde a merced de la tierra
briznas que no suspiran se abandonan
a ese minuto en que el amor afluye.
El amor como un número
tan pronto es agua que sale de una boca tirada,
como es el secreto de ese césped en el oído que lo oprime,
como es la cuneta pasiva que todo lo contiene,
hasta el odio que afloja para convertirse en el sueño.
Por eso,
cuando en la mitad del camino un triste escarabajo que fue de oro
siente próximo el cielo como una inmensa bola
y, sin embargo, con sus patitas nunca pétalos
arrastra la memoria opaca con amor,
con amor al sollozo sobre lo que fue y ya no es,
arriba entre las flores altas cuyos estambres casi cosquillean el limpio azul
vaga un aroma a anteayer,
a flores derribadas,
a ese polen pisado que tiñe de amarillo constante la planta pasajera,
la caricia involuntaria,
ese pie que fue rosa, que fue espina,
que fue corola o dulce contacto de las flores.

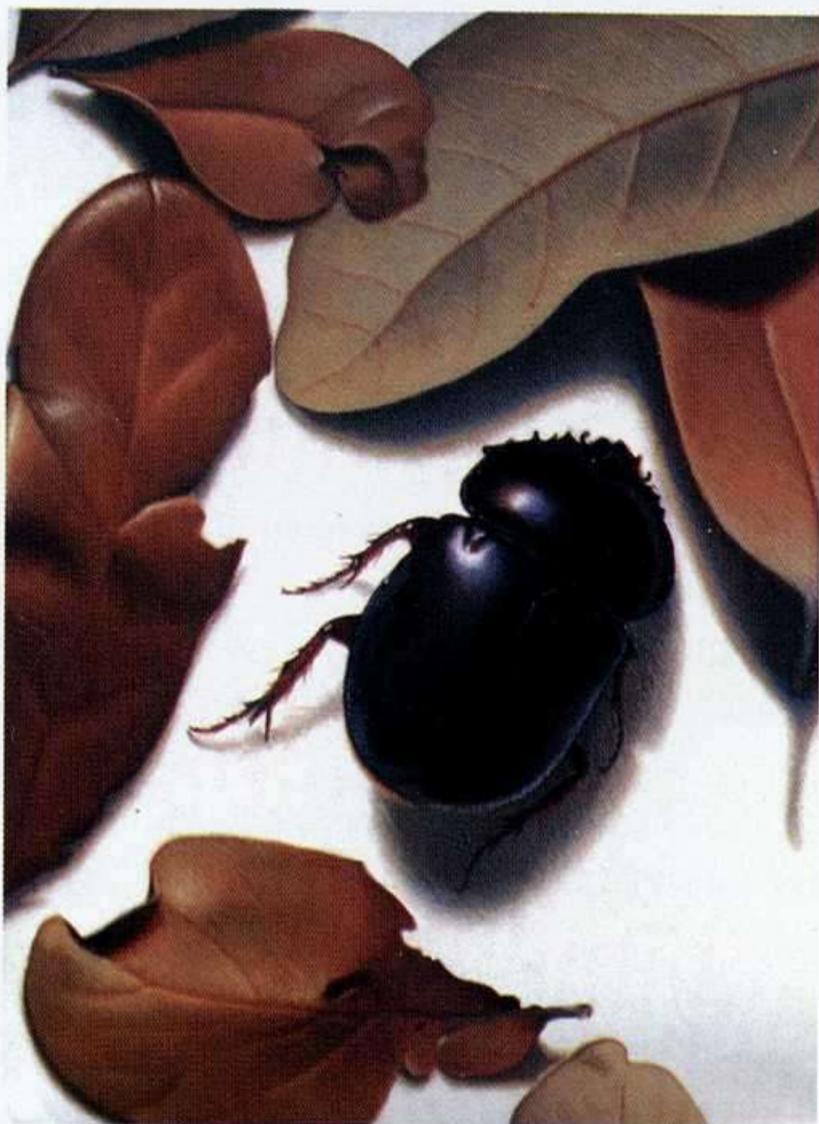
Un viento arriba orea
otras memorias donde circula el viento,
donde estambres emergen tan altos, donde pistilos cabellos,
donde tallos vacilan
por recibir el sol tan amarillo envío de un amor.
El suave escarabajo,
más negro que el silencio que transcurre después de alguna muerte,
pasa borrando apenas las huellas de los carros,
de los hierros violentos que fueron dientes siempre,
que fueron boca para morder el polvo.

El dulce escarabajo bajo su duro caparazón que imita a veces algún ala,
nunca pretende ser confundido con una mariposa,
pero su sangre gime
(caliente término de la memoria muerta)
encerrada en un pecho con no forma de olvido,
descendiendo a unos brazos que un diminuto mundo
oscuro crean.

Miguel Ángel Asturias

EL ESCARABAJO

Sesteaba a la sombra cuando vi
al vasallo esforzado. Trajinaba
con terco afán su miserable carga
por el camino tórrido. De pronto
tropezaba y caía; panza arriba,
las patas sacudía hasta poder
enderezar su paso. Mientras tanto,
yo contemplaba la paciente gesta,
compadecido del escarabajo.
Y cuando ponderaba la razón
de esa oscura tarea, su coraza
brilló al sol con destellos pavonados:
un monarca pasaba, indiferente,
con su pompa de estiércol.



Mary Anne Currier Escarabajo 1986

Nicolás Guillén

ESCARABAJOS

Vean los escarabajos.
El de la India,
vientre de terracota y alas de fieltro azul.
Los Gemelos, de cobre y gutapercha.
El Imperial de Holanda
originario de Sumatra (cobre solo).
El de lava volcánica
hallado en una tumba azteca.
El Gran Párpado de pórvido.

El de oro
(donación especial de Edgar Poe)
se nos murió.



Gabriel Insausti

VENTANA (CON ESTORNINOS)

EL modo de no estar en otro sitio
una tarde cualquiera
exige una ventana y una calle
vacía con castaños. Aburrido,
miro cómo esos pájaros ocultan
el cielo en su inconcreta maniobra,
se cruzan, se reagrupan, se dispersan,
hacen temblar el aire como un plasma
de cientos de moléculas que el viento
llevara a ebullición extrañamente.
Quizá esa sola escena no me baste.
Suponer en su vuelo una conciencia
no acalla mi pregunta: quién los guía,
qué misterioso azar nos ha reunido
una tarde cualquiera en esta calle.

Lorenzo Saval Estornino para René 2005

**El sol poniente
orina óxido y oro.
Un estornino.**

Eduardo Moga

Tomás Segovia

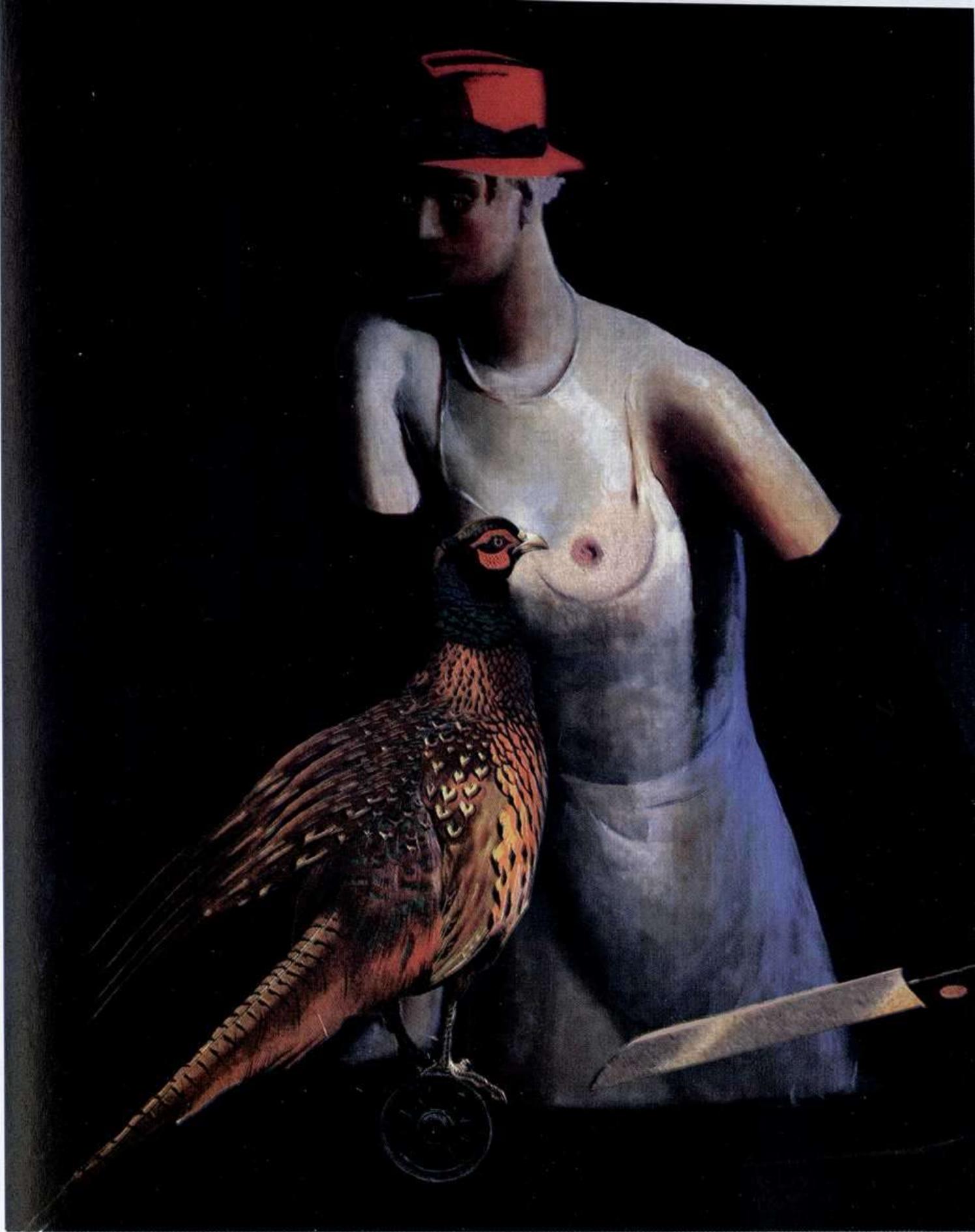
ESTORNINOS

Contra el cielo muy pálido del grande otoño entontecido con el frío naciente y su impiedad angélica, vuelan desaforados en enormes nubes por estratos, los de cerca más negros y abultados y no obstante más raudos, los últimos ya cerca de un sucio pulular de gris manchado. Llenan por arriba el horizonte hasta desvanecerse en el cénit, a ras de frondas en torrencial jauría y en la lejana altura como empañado enjambre.

Acuden por ríos a nuestras ciudades a ignorarlas con insolencia, hacen allá arriba una obsesiva sociedad vehemente, cada pequeño ser exaltado y violento fuera de sí por la furia de la pertenencia. Se pegan al mundo sin intervalo y sin creer jamás en su verdad, gritan de dicha y de ignorancia, se comerían la vida hasta los huesos sin que pudiéramos decir nosotros que no fue por pasión.

Y suben sus ensordecedoras espirales como si no fueran a detenerse ya, como si fueran a soltarse en el abismo encandilado. Pero no: en su veloz agilidad no están nunca muy lejos del hollado origen, colonizan con desenfreno lo real sin horadar nunca mucho su espesor sumiso, el mundo es suyo con exclusión de todo pero hecho modesta presa, y sigue así conmoviéndonos aunque nos estremece esa convicción conquistadora.

También entre nosotros resonó la limpia campanada del otoño. Bajo la luz de los faroles se agita la sombra desazonada de las aprensivas hojas. Conocemos la dulzura de la tibia grey cuando el viento frío nos hace con nuestros cabellos involuntarias señas y la luz se va de nuestras frentes como una tenue voz se va haciendo inaudible. Podríamos ser esa unánime devoración, nos ha sido desde siempre dada en la enseñanza del aturdimiento esa loca verdad que resuelve todo y no retorna, pero acabo de ver desde sus ropas recién aumentadas, a la deriva por el bravo cierzo nocturno, sonreírse a unas mujeres que vienen de comprar el pan fuera de casa.



Lorenzo Saval Faisán de Pen Dubois 2005

José Moreno Villa

EL FAISÁN

Nada más peripuesto y lindo que este cortesano; casquete de oro, pechera roja, casaca azul y larga cola, fina como un espadín damasquinado. Todo brillante y pulido. Pertenece al cuerpo diplomático; sabe la lengua inglesa, silbante, insinuante y la pronuncia en tono bajo. Presume con las damas y juega al bridge.

Eloy Fariña Núñez

VUELO DE FLAMENCOS

En el confín de la ribera opuesta,
iluminada por el sol poniente,
tiembla una raya, en progresión creciente,
sobre la ondulación de la floresta.

La remota bandada avanza presta,
rumbo a los horizontes del oriente,
aleteando en el éter transparente
con el ritmo acordado de una orquesta.

Y al mismo tiempo los croantes loros
manchan de verde la región alada,
llena de errantes pájaros canoros;

el grupo pasa en cadencioso vuelo
y se pierde cual cinta sonrosada
en la diafanidad azul del cielo.



John J. Audubon Flamenco 1838

María Victoria Atencia

LAGUNA DE FUENTEPIEDRA

Llegué cuando una luz muriente declinaba.
Emprendieron el vuelo los flamencos dejando
el lugar en su roja belleza insostenible.
Luego expuse mi cuerpo al aire. Descendía
hasta la orilla un suelo de dragones dormidos
entre plantas que crecen por mi recuerdo sólo.

Levanté con los dedos el cristal de las aguas,
contemplé su silencio y me adentré en mí misma.

Jesús Aguado

EL SUICIDIO DEL FLAMENCO

Un flamenco aletea en medio del poema
o en un cuaderno de bocetos. Sabe
quién le ha puesto y por qué, y sabe el simbolismo
que tiene entre esas nubes que anuncian la
tormenta

y esa vereda al fondo de la cual
una figura humana adivínase triste.

Aletea de vuelta a la bandada.

Repara en el esquife que aparece de pronto
en la parte derecha del papel:

«va a la deriva», piensa, y siente escalofríos
que hacen vibrar sus plumas carmesíes.

Tiene necesidad de comerse un crustáceo
y aletea más fuerte de vuelta a la laguna.

No sale, sin embargo, del medio del poema
o del cuaderno de bocetos: sabe

que quien le ha puesto quiere utilizarle
para decimos algo, y empieza a no gustarle.

Aletea, aletea, quiere rasgar la página,
se siente perseguido por un significado

(un águila imperial planeando en el cielo)
que, aunque no esté presente en el poema

o en el boceto, viene por él para matarle.

Él se hubiera prestado con gusto al simbolismo
de las nubes, el hombre y el esquife,

a ser parte de un mundo de inclemente belleza,

un mundo que conspire a favor del misterio,

lento como una duna y veloz como

la idea de una duna,

y triste pero nunca malsano o destructivo.

Pero alguien pretende alimentarse

de su carne y sus ojos y su pico

para decimos algo. Algo sobre un flamenco

cazado por un águila. Algo sobre un poeta

en las garras de la interpretación,

en el buche del tiempo, mutilado

atrozmente por ellos, los que no dicen nada



Lucien Clergue Flamenco muerto 1965

mas custodian con celo las palabras del mundo.

El flamenco, de pronto, deja de aletear,
cierra sus alas, cae a plomo sobre el suelo.

Su suicidio le aleja de lo que estaba más
allá: lo que no estaba. Ya sólo un amasijo
abrazado a la tierra, desde fuera o arriba.

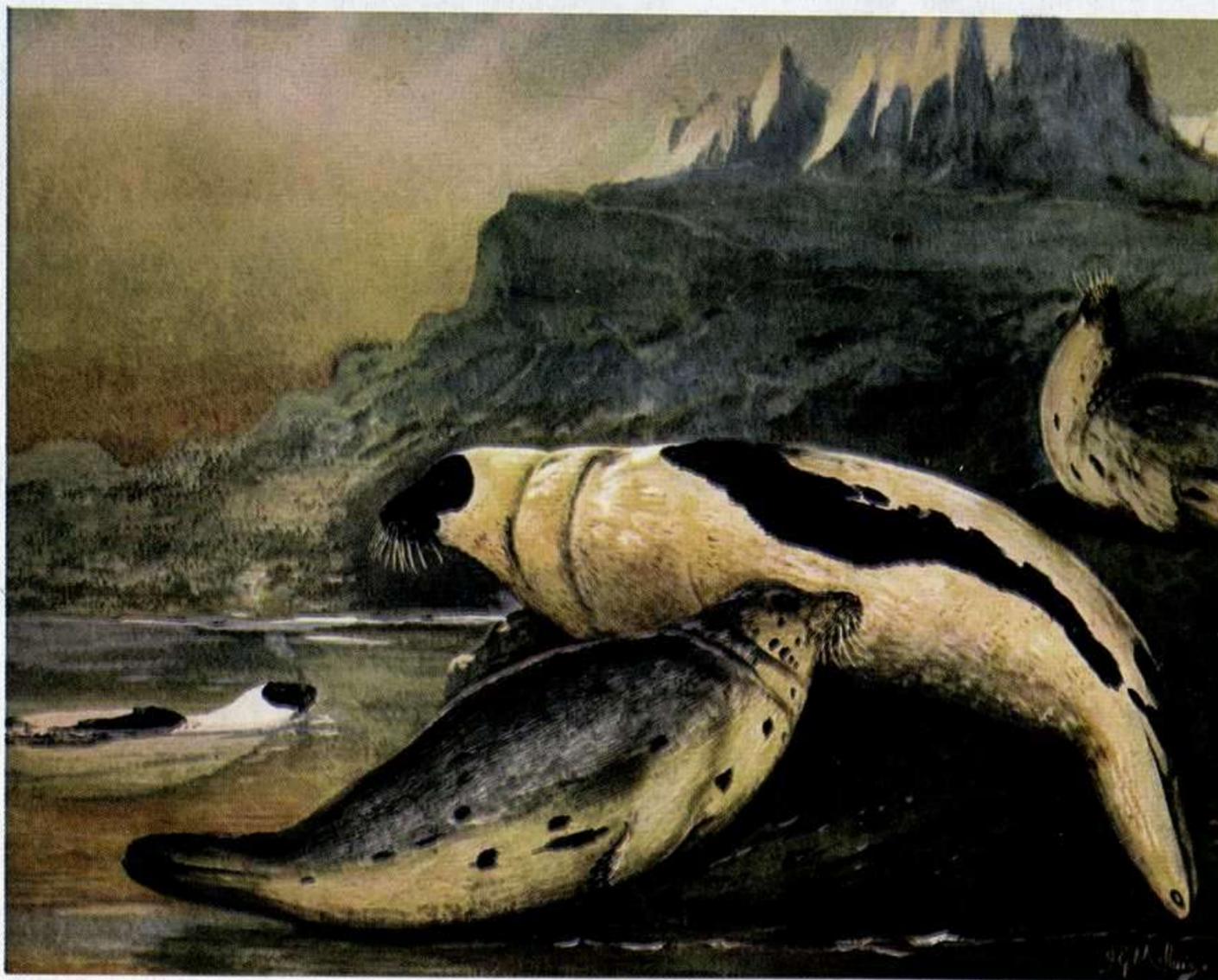
Jorge Guillén

SOSPECHA DE FOCA

(MAINE)

El mar murmura grandeza.
¿Un punto negro en el agua?
Adivino la cabeza
De una foca. No la fragua
Mi magín, que nunca empieza.

Ondulación de oleaje
Sobre el dorso de una foca.
¿Encontré lo que yo traje?
A la realidad ya toca
Con su potencia el lenguaje.



J.G Millais Foca 1904